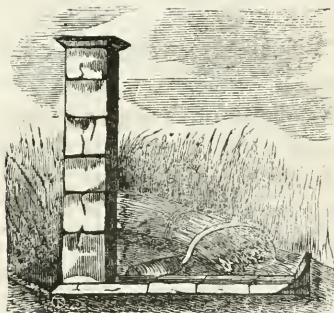






EL SEGADOR.



os que hablan de la despoblacion de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados á la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado ni aun de paso el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, ó como las hojas de los árboles,

segun el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rías deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaria cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos los hogares á cuyo alrededor se sientan con sus padres diez ó doce robustos renuevos á comer la *conca* de caldo ó leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase á esto que las poblaciones se tocan unas á otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el país, con solo media docena de años que la gente se estancase, no cabrian de pie, como suele decirse.

Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algun tercio sobre sus

anchos y fornidos lomos: de allí gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de Segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan á coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado desde tiempo inmemorial el trabajo de despojar á Castilla de sus mieses y enviarlas á la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediabilmente la misma tarea, es esto causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigración á aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo mas corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el Segador de su casa y en agosto y setiembre da la vuelta, al paso que los demas gallegos que á otras ocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y solo vuelven á su país con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez mas positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea á aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que á costa de su improbo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y á la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, segun dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen á costas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurron de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalón y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos ó zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va á la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y mas que todo un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad ó la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, Segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando á la parte con sus compañeros, de algun objeto de comercio como son: lienzos, jamones ó pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galliciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al caballero de la Triste Figura; y que á su vez es tambien artículo de especulación. Los gallegos que van á Extremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan á las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De estos los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aun por lo comun, se ven obligados por sus compañeros á echar una piedra mas en el montón inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadon y desde

el cual á un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan á la espalda. Semejante uso que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay porque nos detengamos á contar los incidentes de este, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes á los sitios donde tienen que meter su hoz en mies agena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traían desde su tierra, y luego con todo desembarazo y buen ánimo entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras donde no hay un árbol á cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es insoportable el calor en mitad del día; pero el Segador atento á dar pronto remate á su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega á jornal, hace poco caso de los rayos del sol y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, así como también en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas á la era.

Hay en el Escorial en la habitación dicha de «das amas de eria» un tapiz cuyo carton se atribuye á Goyz, y que representa una francachela de Segadores gallegos que han dado ya fin á su trabajo. A la derecha uno de ellos que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caídos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hacia el medio una mujer de agraciado aspecto, está dando la papilla á un niño que la mira con un gesto lloroso, difícil y regañón. A la izquierda un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y excelente composición, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los Segadores por conclusión de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría solo con dejar correr por su parte durante unos pocos minutos la espita de una euba. Esta es condición precisa, pues si le ha de costar el dinero, el Segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio saca el Segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blancos, su cutis algo mas tostado, su bolsillo algo mas cargado y, como es de presumir, el ánimo algo mas cuidadoso con el amor de aquellos maravideses á tanta costa granjeados, y á los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie ó en equivalencia á su patria de adopción. Porque en efecto con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaución le parece poca para conducirla á puerto de salvación. Los hemos visto llegar á Castilla dos á dos y

tres á tres como gente á quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatarles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor ademas para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, ó de los caballeros de Diana, segun los apellida Shakespeare; pero á la vuelta los aficionados á ver la cara del rey tienen ocasion de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el Segador muy aficionado tambien por su parte á la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy á menudo suelen elegir por capataz una persona de esperiencia muy ducha en la vida de los caminos: de aquí reducir siempre á oro ú plata por lo menos su corto caudal: de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla á los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco: y de aquí finalmente cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al mas hábil forjador de novelas.

Por fin atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca á su desenlace llega á cobrar mas interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadon, es decir, los llanos estendidos de Castilla. En ellos, con efecto, á favor de lo abierto del terreno pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados la desarmada y tímida cuadrilla y desbaliarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue á la mayor parte de las provincias de España, y por otro lado la humildad de los officios que fuera de su pais desempeñan y la condicion dependiente en que por lo general viven, no contribuyen á desatar este noble gérmen; pero la poca resolucion que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra estraña. Así pues, todo su afan es salvar los puertos y verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos figúrese cualquiera si el Segador llevará alas en los pies. Las marchas son con efecto forzadas de todas veras, y llegan á hacer una diligencia increíble. Este pavor y ansiedad continua producen á veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un rio han dejado ahogar á un compañero de miedo de llegar tarde á su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los dias se observa que el que enferma por el camino queda abandonado á la caridad agena. El único obsequio que le hacen sus camaradas, es recogerle el dinero para entregarlo á su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga ó seguir la pista al pobre Segador hasta llegar al paraje mas conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan á semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre Segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de

comprender es como veinte ó treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoria.—Pero hombres, les dijo un vecino, ¿de dos pícaros nada mas os habeis dejado maltratar?—Ya vei señor, respondieron ellos, como veniamus selus, nus encojimus!!—Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes á quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Asi es que este robo se tiene por de calidad mas vil y ruin que todos los demas, y de Chafandín que era en su tiempo el Robin Hood ó Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente no siempre acontecen tales desventuras, y lo mas comun y ordinario es llegar nuestros Segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadon. En cuanto pasan de la Bañeza las cuadrillas hasta allí unidas y compactas comienzan á aflojarse y esparcirse, y los mas cansados á rezagarse, de manera que el camino viene á ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y á la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solian dejar los Segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devocion. En el dia ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el Segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo por mas vecina de su pais y posesionada de mas antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el mas animado del año por el sin fin de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza sellenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodón y se estienden bayetas de diferentes colores junto con buen repuesto de sombreros portugueses ó del reino, que son los artículos mas del gusto del Segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelos de color á la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega á la media grana y del algodón pasa á la seda, pero tan galan proceder raya en prodigalidad y encuentra por consiguiente pocos imitadores entre esta económica gente.

El general mas prudente y previsor no reconoce con mas escrupulosidad el campo en que vá á dar la batalla que el Segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, despúes de muchas idas y venidas, despues de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginacion con el del comercio vecino, se resuelve á dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta,

porque contar todas las tretas, ardidés y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo mas barata, sería cosa de nunca acabar. Por último al cabo de infinitos dares y tomáres se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algun escudito de oro de veinte reales, unas euantas pesetas de á cinco envueltas en trapito que dejan un rincon de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo. y de las cuales, aunque bien empleadas. no dejan de despedirse con pesadumbre.

Después de tan importante operacion templa el paso el Segador y hace con descanso el resto de su viaje, si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado á la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van á perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, á la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene á dar por fruto abundante número de otros nuevos Segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía, se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán á mal privemos ó por mejor decir libremos á nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

ENRIQUE GIL.

